



[Agustin Goikoetxea](#)

## El testamento de Patxi Larrainzar

El escritor y sacerdote Patxi Larrainzar falleció el 12 de marzo de 1991 en Iruñea. Colaborador habitual de 'Egin', se le incluía en el grupo que algunos llamaban «curas rojos». Al día siguiente del óbito, el rotativo con sede en Hernani recogía su testamento.

12 MAR. 2024 - 00:00h

El escritor y sacerdote Patxi Larrainzar falleció el 12 de marzo de 1991, a los 56 años, en el hospital Virgen del Camino de Iruñea después de haber entrado en coma por una afección digestiva. Colaborador habitual de 'Egin', al párroco de la iglesia de El Salvador, en Arrotxapea, se le incluía en el grupo que algunos llamaban «curas rojos». Tuvo que pasar siete veces por comisaría y estuvo en dos ocasiones en las «cárceles de curas» del **monasterio de la Oliva y del Verbo Divino**.

En una entrevista en el rotativo con sede en Hernani, Larrainzar, para quien escribir era una droga, afirmaba que la literatura era «una forma de liberarse del agobio que produce el poder, escaquearse de su imposición, desenmascarando al mismo tiempo lo risible que resulta, porque es risible que se crean los amos del mundo».

Al día siguiente del óbito, se informaba del mismo y se incluía el testamento del de Riezu. Un día después, se publicó un artículo póstumo, bajo el título 'Pega pero escucha', que hizo llegar a la redacción de 'Egin' su amigo íntimo Jesús Lezaun. Este es su testamento:

## Fallece en Iruñea el escritor y sacerdote Patxi Larrainzar

**Denostia**  
El escritor y sacerdote Patxi Larrainzar, colaborador habitual en las páginas de EGIN, falleció ayer en el Hospital "Virgen del Camino" de Iruñea, donde había ingresado el pasado 3 de marzo con fuertes dolores, y, según se supo tras serle practicada una intervención quirúrgica, un charco de sangre en el estómago, por lo que se piensa que se trataba de una afección de páncreas, si bien este extremo no fue confirmado y se le pensaba practicar la autopsia.

La evolución de Patxi Larrainzar fue regular y, a pesar de una ligera mejoría experimentada el pasado miércoles, entró en estado de coma hasta que dio un electrograma plano.

Los funerales tendrán lugar hoy, a las 7,30 de la tarde, en la parroquia de El Salvador, de la que era párroco, labor que compaginaba con su tarea literaria.

Nacido en Ricla hace 56 años, empezó a escribir cuando todavía era muy joven. Su primer libro, "En peligro caer en Dios", lo escribió durante los años que pasó en la Universidad Católica de Chile, entre 1963 y 1968. Cuando volvió a Iruñea, contactó con Valentín Redín, quien por aquel entonces estaba en el grupo de teatro El Leherri Blanco, y escribió la obra "Carlismo y música colonial". Le siguieron "Navarra sola o con leche", "Utrinaque roditar" y "Pamplona Citron", todas ellas escritas y escenificadas por El Leherri, además de otros textos para distintos grupos e instituciones.

Aunque hace unos años abandonó la producción teatral, siguió cultivando la narrativa. En 1983 escribió "Diario suburbano de Pamplona", al que hace unos tres años siguió su obra más extensa, "Cronica secreta del Reino de Navarra". Su último libro, "Pamplona se hunde y otros chandrios", se publicó hacia mayo del año pasado, y en él recogió una selección



Patxi Larrainzar era un colaborador habitual en las páginas de EGIN.

ARCHIVO

de historias, viñetas, cavilaciones y monólogos que comienzan con una reflexión sobre lo que podría pasar en el caso de que la capital navarra se hundiera y finalizan con un "apéndice clerical".

Precisamente, la otra faceta de Patxi Larrainzar era la de obispo. Hasta el último momento estuvo de párroco en la iglesia de El Sal-

vador, en el barrio pamplonés de La Rotapea, y desde hace muchos años se le incluía en ese grupo que algunos llamaban "curas rojos".

Tuvo que pasar siete veces por comisaría y estuvo dos veces en las llamadas "círculos para curas", en el Monasterio de la Oliva y en el Verbo Divino. Eras tiempos en los que parte del clero hacía, según solía decir, "labor de sapiencia, se

aprovechó el micrófono para hacer lo que otros no podían hacer".

### Librarse del agobio del poder

En una entrevista concedida a EGIN, periódico en el que colaboraba de forma habitual, con motivo de la aparición de "Pamplona se hunde y otros chandrios", Patxi Larrainzar, para quien escribir era una droga, afirmaba que la litera-

tura era "una forma de liberarse del agobio que produce el poder, zocagarse de su imposición, desmenuzando al mismo tiempo lo visible que resulta, porque es visible que se crean los años del mundo". Quizá por eso le gustaban los libros de escritores que emplean el humor, la ironía y la mala leche, si bien tenía claro que el autor mínimo es el del Génesis "porque con cuatro cuencios se descubre la estructura del ser humano".

Pensaba también que, en una época en la que se les poco, es necesario darle al lector "cosas muy digeribles, que le exijan poco y no le aprieten en extractos férreos". Así intentaba hacer él en las recopilaciones de historias de su barrio, La Rotapea, o del resto de Iruñea, así como en los dos folios "de cosas de poca importancia" que escribía diariamente.

Denostaba Larrainzar en la citada entrevista que el poder "sigue haciendo de las cosas, pero hoy con más sutileza, con más vista, por lo que, en su opinión, es necesario desmenuzarse, ya que "no sólo corrompe al que lo tiene, sino también al ciudadano". Definió la democracia como "un gran invento" y afirmaba sin tapujos que en Navarra "no se cuenta con el pueblo, se quiere imponer todo por la fuerza y el que se opone a sus bendiciones no es progresista". A pesar de todo, estaba encantado de vivir en Euzkadi, "un pueblo vivo, una olla".

No tenía ninguna duda Patxi Larrainzar de que el oficio de cura había inflado en su obra literaria y era consciente de que algunos le consideraban un monárquico. "Al final —decía— te sale el hombre moralizante que es un clérigo, aunque en este caso muy sofisticado". Sin embargo, también pensaba que lo de ser cura tiene sus ventajas "porque en general se llega a la mesa, se llega mucho del delicat humano, los restos del naufragio".

## Testamento

Como la guerra mundial está al caer y aquí no va a quedar vivo ni el Bailemi, ni familia, y sobre todo los sobrinos que se creen importantes, me está asustando para que haga el testamento, por lo que podía pasar. Desearía que me muera, veya, aunque sus apremios se difunden de prevenir futuras discusiones si muero sin testar. Claro, ellos ya saben que su tío es pobre, pero ahí está precisamente el motivo: que de los tios pobresones se puede esperar cualquier sorpresa, incluso un fortuito en una resaca del subvayo y mecido en el cinefón; pero cómo se puede llegar a mi edad, y encima sobrio, sin haber amasado unos cuantos millones, con la de oportunidades que he habido en este país en las últimas décadas, y con lo listo que yo soy: ¿no? "Tú haz el testamento y no te fijas a todas tranquilos, vále".

Para vale. Así que esta tarde de septiembre, el mes de clima más perfecto porque el cuerpo no se siente y el aire se bebe como una copa de champán, me voy a la villa de Arga y hago dejación generosa de todas mis pertenencias, espirituales y materiales. Aquí constan.

—Cuando yo muera, decid a mis amigos que no me duela el alma de ellos, pues espero volver a encontrarlos, y ya sin el desgaste que produce la mirada deslizando de todos los días. Y aunque así no fuera, que tampoco me cuesta mucho dejarlos, pues lo que bien se quiere bien se abandona; y yo jamás los poseí para mí sino para ellos mismos.

Por eso, si amistad y aunque no hubiere eternidad, durará eternamente.

—Cuando yo muera, podéis decir a mis nietos que los odia con el desinterés de quien piensa en su bien, y como creo que están equivocados, siento que estoy perdiendo la vida y haciéndola perder a otros. Y por eso los desamo. Y los desamo. Y los desamo el infierno: el mismo que ellos han fabricado para los demás.

—Cuando yo muera, decid por favor a las mujeres que las amé como se ama al paraíso perdido: siempre a su puerta suspirando por entrar, y desamando a la vez que jamás se abra, para poder seguir soñando. Porque ellas, digan lo que digan ellas mismas, son el paraíso.

—Cuando yo muera, podéis decir a mi jefe, el obispo, que lo espero

desamado detrás de las bambalinas del teatro, para recitar juntos y desamados aquello del Eclesiástico: "matadnos matadnosos kai para matadnos", que todo es vanidad de vanidades. Y que después podremos ir juntos y desamados a ver por qué agrietas, también desamados.

—Cuando yo muera, decid a los demonios que salgan de mis oídos, que se introduzcan en los de otra alma menos escéptica, a ver si consiguen un poco más de formalidad y un poco menos de mala leche que en mi caso.

—Cuando yo muera, decid a los niños que se platan y no crezcan más, por favor, que renuncien como Peter Pan al caramelo del "cuando seas mayor". Porque nunca se llega a mayor sino a repetirse niño atrevido.

—Cuando yo muera, decid a los comunistas vergonzantes que se han equivocado de muro: que el que hay que derribar está en su propio corazón, allí donde la frondosidad del árbol capitalismo no deja vez el bosque de la utopía inconcebible. Que busquen en otra dirección.

—Cuando yo muera, podéis decir a los que han hecho la apuesta del insobornable Pascal que no se han equivocado en absoluto: pues si

luego de esta vida hay otra, acertaron siendo honrados. Y si no la hay, total, sólo se han perdido cuatro fruterías píficas, que a la boca de la verdad valen mucho menos que un capirita en paz consigo mismo.

—Cuando yo muera, decid al mundo occidental y cristiano que se detenga de una vez: no por mi muerte, no, sino porque ha tomado un camino encasillado, y está matando a millones de inocentes con su materialismo rampante y sus ideales horribles.

—Cuando yo muera, decid a los libros de mi biblioteca que ellos han sido mi más secreta lejaría: cuando abiertos, como un amante abierto; y cuando cerrados, como un arma de misterios fletos.

—Cuando yo muera, decid a la miéica huerca que las más dulces lágrimas derramadas en mi vida han sido por su infanta belleza derramada. Y que si me la admiten en el cielo, rebatiré la fuerza de Carma y me iré en su busca hasta el coro de Sto. Tomás en Leipzig; porque allí estará Juan Sebastián Bach, y allí estará el cielo.

—Cuando yo muera, decid a todo el

de aquel otro río de aguas de miel como la piel de un niño. Pescareros un por rubio cada día, y nos divertiremos eternamente contando escamitas de oro. Como los labradores de Macondo.

—Cuando yo muera, sobrinos, perdonaos pero tendréis que decirle a la Caja de Ahorros que las 3.000 pesetas que tengo en la cartilla son tuyas: porque tanto caviar me arquetos y rindimientos y situaciones de cuenta tan ramplante, bien se han merecido el ser mis hermaneros.

—Cuando yo muera, os evitaré ir al cementerio pues ya sabéis que he dejado mi cuerpo a la facultad de medicina. Así que, achadme en la piscina de frotol para que se cumpla mi más profundo anhelo: que los del Opus me toquen los cojones, y de paso se contagien con la gonorrea de la heterodoxia y el sida de la insurrección.

—Cuando yo muera, en fin, y ésta es mi última voluntad, no le digáis nada a nadie: sencillamente, vivid. Será el mejor homenaje que nos hagáis a los muertos, vivir con pasión la vida fatuosa y apasionante de este pueblo nuestro.

PATXI LARRAINZAR